

Las ganancias de Rusia en Extremo Oriente

Federico Engels
18 de septiembre de 1858

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *Colonialismo y guerras en China*, Ediciones Roca, México, 1974, páginas 109-115. Publicado en la *New York Tribune* del 18 de septiembre de 1858.)

18 de septiembre de 1858

Rusia tenía que tomarse la revancha de la derrota infligida por Francia e Inglaterra en Sebastopol.

Esta segunda partida se juega ahora mismo. Ciertamente, los largos y encarnizados combates de Crimea han atemperado algo el orgullo nacional de los rusos. Incluso han arrancado a Rusia una pequeña faja de terreno, pero le han dejado de todos modos una ventaja indudable al final de las hostilidades. En efecto, ha empeorado considerablemente el estado del “hombre enfermo”: la población cristiana de la Turquía europea (tanto los griegos como los eslavos) desean como nunca sacudirse el yugo turco y consideran aún más a Rusia como su única protectora. No cabe duda, los agentes rusos alientan todas las sublevaciones y conjuraciones de Bosnia, Serbia, Candie y Montenegro. Pero ocurre que el debilitamiento y la impotencia extremas de Turquía, que se han manifestado con la guerra, se pueden agravar por las obligaciones impuestas a este país por la paz. Y esto explica suficientemente la fermentación general entre los súbditos cristianos del sultán. En esas condiciones (a pesar de la pérdida temporal de una estrecha faja del terreno que Rusia recuperará evidentemente la primera ocasión propicia), ha hecho sensibles progresos la realización de sus planes frente a Turquía. Cuando la guerra estalló, Rusia se fijó por objetivo acelerar la decadencia de Turquía y extender su protección sobre los súbditos cristianos del “hombre enfermo”. Es innegable que Rusia ejerce hoy ese protectorado más que nunca.

Desde ese momento, hay que considerar solamente a Rusia como la única gananciosa en esta desgraciada guerra. No obstante, ella quería una revancha: para jugar la segunda partida, en el terreno diplomático, donde no tiene rival, ha escogido otro continente. Mientras que Inglaterra y Francia emprendieron una lucha onerosa con China, Rusia se mantuvo neutral y solamente intervino al final. El resultado fue que Inglaterra y Francia han hecho la guerra contra China en interés exclusivo de Rusia. En este plan, la posición de Rusia no pudo ser más favorable.

China forma parte de los tambaleantes imperios asiáticos que, uno tras otro, caen bajo el empuje de la emprendedora raza europea. China era tan débil y tan quebrantada que *no tuvo incluso la fuerza de soportar la crisis de una revolución popular*. En consecuencia, la misma aguda revuelta se ha convertido en una enfermedad crónica y aparentemente incurable. Este imperio es en el presente tan amorfo que su gobierno en ninguna parte se halla en estado de reinar sobre su propio pueblo o de ofrecer resistencia a la agresión extranjera.

Mientras que los ingleses se batían en Cantón con funcionarios chinos subalternos y discutían sobre el punto de saber si el comisario Yeh había o no obrado conforme a la voluntad del emperador, los rusos ocupaban el territorio situado al norte del Amur, así como la mayor parte de las costas manchúes situadas al sur del río. Allí instalaron posiciones fortificadas y se pusieron a elaborar planes para la construcción de ferrocarriles y la implantación de ciudades y puertos. Cuando finalmente Inglaterra se

decide llevar el problema de la guerra a Pekín y que a ello se asocia Francia, Rusia alcanzó a representar la imagen cerca del débil chino de ser un protector desinteresado y a jugar casi el papel de árbitro con motivo de la conclusión de la paz, aunque venía justamente de despojar a China de un territorio tan grande como Francia y Alemania juntas y largo como el Danubio. Cuando comparamos los diferentes tratados concluidos en esta ocasión, no podemos dejar de comprobar que está claro para todo el mundo que la guerra no había sido provechosa para Francia e Inglaterra, sino para Rusia.

Las ventajas concedidas a las potencias beligerantes y en las que Rusia también participa, como los Estados Unidos, tienen un carácter puramente comercial y (como hemos tenido la ocasión de probarlo en estas columnas) son del todo ilusorias. En las condiciones actuales, el comercio de China (excepción hecha del opio y de un poco de algodón, sacados de las Indias Orientales) continuará reduciéndose en general, a la exportación de mercancías chinas (té y seda). Ese comercio de exportación depende más de la demanda extranjera que de las facilidades más o menos grandes, concedidas por el gobierno chino. Cualquier país del mundo podía comprar té o seda a China, incluso antes del Tratado de Nankín. Este, abriendo cinco puertos nuevos al comercio, tuvo como principal efecto desplazar una parte de los intercambios de Cantón a Shanghai. Los otros puertos no hacen prácticamente comercio y, de hecho, Su-tcheu, el único que tenía alguna importancia, no se encuentra entre los cinco puertos abiertos. Prudentemente se ha remitido a más tarde la apertura del comercio en el Yang-tse Kiang, cuando su majestad haya restablecido de plena soberanía en el país en rebelión a un lado y otro de ese río, es decir, un tiempo que corresponde a las calendas griegas.

Pero aún se pueden expresar otras dudas acerca del valor del nuevo tratado. Algunos pretenden que los gravámenes de tránsito, de los que se trata en el artículo XXVIII del tratado anglo-chino, son del todo ilusorios. En efecto, se puede admitir que esas tasas han sido establecidas únicamente porque los chinos no desean demasiadas mercancías inglesas y sobre todo quieren impedir su penetración en el interior del país. Pero, al mismo tiempo, una variedad determinada de tejido ruso que responde a una necesidad de los chinos pasa por Kiatcha o el Tibet, se ha abierto camino hasta la costa. Se ha olvidado precisar si esas tasas (en el caso de que sean realmente percibidas) afectan lo mismo a las mercancías inglesas que a las rusas. Lo seguro es que Wingrove Cooke, enviado a tal efecto al interior del país, no ha podido descubrir la existencia de esas pretendidas “tasas de tránsito”. Ha tenido que admitir, cuando se le ha interrogado públicamente a este propósito, que había llegado a la convicción desoladora de que “nuestra ignorancia de China tiene efectos tangibles”. De otra parte, en una respuesta pública a la pregunta de saber “si se tiene la prueba de la existencia de tales derechos aduaneros interiores”, el señor J. W. Henley escribía claramente: “No estoy en condiciones de darles la información deseada sobre la existencia de tasas aduaneras en el interior de China”.

Algunos temen que lord Elgin haya convenido una compensación sin fijar plazo para el pago y que la guerra no haya sido llevada de Cantón a la capital sino para concluir un tratado que remite a las tropas británicas a Cantón para reemprender el combate. John Bull padece sombrías aprensiones: ¿no tendrá que pagar de su bolsillo la compensación prevista, considerando que el artículo XXVIII incita vivamente a las autoridades chinas a imponer una tasa aduanera interior del 7,50% sobre los productos manufacturados británicos, tasa que se puede transformar a petición en un derecho de importación general del 2,50%? A fin de desviar la atención de John Bull del detalle de ese tratado, el *Times* de Londres ha estimado que convenía simular gran cólera contra el embajador americano y atacarlo violentamente, porque todo lo había estropeado él, aunque sea tan extraño al fiasco de la Segunda Guerra Anglo-china como el hombre de la luna.

Así, el tratado de paz, en lo que concierne al comercio británico, ha, tenido por resultado introducir una nueva tasa de importación y una serie de estipulaciones que, o

no son de ningún valor práctico o no son respetados por los chinos, pero pueden, en cualquier momento, servir de pretexto para una nueva guerra. Inglaterra no se ha aprovechado de ninguna ventaja territorial (no podía permitírsele sin dejar que Francia hiciera otro tanto). Ahora bien, una guerra llevada por Inglaterra que terminara con la instauración de posesiones francesas en la costa china, sería del todo desfavorable para Inglaterra. El caso es diferente por lo que se refiere a Rusia.

Si se hace abstracción de lo que participa en todas las ventajas tangibles (cualquiera que ellas sean), concedidas a Francia y a Inglaterra, Rusia se ha asegurado todo el país sobre el Amur, del que se ha apoderado a la chita callando. No contenta con ese resultado, ha logrado crear una comisión ruso-china para la fijación de las fronteras. Por supuesto, ya sabe todo el mundo lo que representa una comisión así en manos de Rusia. La hemos visto operar en las fronteras asiáticas de Turquía, donde durante más de veinte años no ha dejado de despojar a este país una faja de terreno tras otra hasta la última guerra y después ha vuelto a comenzar lo mismo.

Además, está el artículo reglamentando el servicio postal entre Kiatcha y Pekín. Lo que antes no era más que una línea de comunicación irregular y simplemente tolerada se organiza ahora y obtiene un estatuto legal. Al parecer, se quiere organizar una relación postal mensual, pues el recorrido de 1.000 millas exige quince días; además, cada tres meses debe hacer el mismo recorrido una caravana. Ahora bien, está claro que los chinos o no harán caso a ese servicio o serán incapaces de cumplirlo. Como en lo sucesivo el servicio se ha garantizado legalmente a Rusia, evidentemente el servicio caerá en sus manos.

Hemos visto cómo los rusos habían organizado sus enlaces postales a través de las estepas kirguises; no dudamos ni un instante que de aquí a algunos años una línea semejante atravesará el desierto de Gobi. Desde ese momento, los británicos podrán abandonar todos sus sueños actuales en lo que concierne a la hegemonía británica en China, puesto que, en todo momento, puede llegar a Pekín un ejército ruso.

Se puede imaginar fácilmente las consecuencias que puede tener la instalación de embajadas permanentes en Pekín. Basta ver lo que ocurre en Constantinopla o en Teherán. Allí donde la diplomacia rusa se encuentra con la inglesa o la francesa, se muestra superior a ellas. Desde el momento en que el embajador ruso tiene la perspectiva de poseer al cabo de algunos años un ejército preparado para cualquier tarea en Kiatcha (alejado de Pekín un mes de marcha) así como el camino ya dispuesto en toda su longitud para tal campaña, ¿quién duda de que será todopoderoso en Pekín?

Es un hecho que Rusia será pronto la primera potencia asiática y que también querrá eclipsar a Inglaterra en este continente. La conquista de Asia central y la anexión de Manchuria ha aumentado sus dominios con un territorio tan grande como Europa sin Rusia. Muy pronto los valles de los ríos de Asia Central y del Amur se hallarán poblados de colonos rusos.

Estas posiciones estratégicas son tan importantes para Asia como Polonia lo es para Europa. La conquista de Turan amenaza a la India, como la de Manchuria amenaza a China. China y la India, con sus 450 millones de habitantes, son actualmente los países decisivos de Asia.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales



germinal_1917@yahoo.es